

# Sarmiento y la desmesura del pensar

María Esperanza Casullo \*

---

## Resumen

Escritor, polemista, militar, exiliado, Presidente de la Nación, Domingo Sarmiento es una figura al mismo tiempo museológica y maldita en la historia argentina. Admirado y odiado, idolatrado en las efemérides oficiales como prócer es sin embargo, menos comprendido hoy que lo que lo pudo haber sido en su tiempo. Pondremos como punto de partida para este trabajo una hipótesis: Sarmiento es una figura de ineludible interés porque es el inicio y, al mismo tiempo, el punto máximo de una tradición argentina sumamente original de comprender la relación entre pensamiento y práctica política: Sarmiento pensaba a *la política como gesto*.

**Palabras clave:** Sarmiento – pensamiento – polémica – barbarie

## Abstract

Domingo Faustino Sarmiento was a writer, an essayist, a teacher, a soldier and a politician. He was also a volcanic personality and a polemicist. This essay will argue that he was all of these things not by accident but because they were inseparable from one another. Sarmiento could not comprehend thinking as a purely speculative enterprise—or rather, would despise such a thing—but regarded thinking as *its own kind of acting*. This article will call this kind of politically active,

---

\* Doctora en Gobierno de la Universidad de Georgetown. Profesora de la Universidad Nacional de Río Negro.

---

Código de referato: SP.184.XXXIII/15

argumentative, personal thinking *thinking as gesture*; it will also argue that Sarmiento did not regard pure thinking as the way out of the “civilization and barbarism” dichotomy but will offer himself in *the gesture of thinking* as the solution to this dilemma.

**Keywords:** Sarmiento – thinking – polemic – barbarism

*¡Sapere aude! Ten el valor de servirte de tu propia razón.*

Immanuel Kant

**E**SCRITOR, polemista, militar, exiliado, Presidente de la Nación, Domingo Sarmiento es una figura al mismo tiempo museológica y maldita en la historia argentina. Admirado y odiado, idolatrado en las efemérides oficiales como prócer, y, sin embargo, menos comprendido hoy que lo que lo pudo haber sido en su tiempo. Pondremos como punto de partida para este trabajo una hipótesis: Sarmiento es una figura de ineludible interés porque es el inicio y, al mismo tiempo, el punto máximo de una tradición argentina sumamente original de comprender la relación entre pensamiento y práctica política.

### **Sarmiento como pensador fundante**

El pensamiento es interioridad que se exterioriza, en la palabra y en el gesto. Este exteriorizarse del pensar, este realizarse en el mundo, es la manera en que quien piensa ofrece los resultados de su acción reflexiva los comparte. Así, las ideas se vuelcan al mundo y a los sujetos, los alteran, señalan rumbos posibles, marca perspectivas de futuro deseables y temibles. En la exterioridad del gesto, el razonamiento se vuelve proyecto.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El pensamiento no es una facultad instrumental o técnica, sino que es, más bien, “la habilidad de examinar todo lo que suceda a nuestro alrededor o llame nuestra atención, sin preocuparse por los resultados o contenidos específicos”. El pensamiento busca no solo la verdad, sino el significado de aquello que le es presentado, de lo que aún no existe, lo que no existirá nunca, o lo que debería existir. Quien legisla sobre el pensamiento es el criterio de no contradicción. Esto no implica la no contradicción meramente lógica, implicada en la regla de no construir un silogismo utilizando premisas contradictorias, sino un compromiso más amplio y más personal. Platón definió, en el *Hippias Mayor* el pensar, como “el diálogo silencioso entre yo y mí mismo”, y fue él quien dispuso como suprema ley del pensamiento “no te contradigas a ti mismo”. El pensamiento se construye en el diálogo con uno mismo; la necesidad de no contradicción no es tomar la decisión seguir solo una línea de pensamiento (criterio que nos daría obras absoluta-

Tal realización del pensar en el ámbito de los asuntos humanos es lo que diferencia al erudito del pensador, al científico del intelectual.<sup>2</sup> No todo “profesional del pensamiento” será un intelectual, no todo académico será capaz de asumir una relación de “entusiasmo” con su situación, de comunicar a los demás los frutos de sus reflexiones y convocarlos (explícita o implícitamente) detrás de un proyecto de él surgido. Esto es como decir: no todo razonamiento será un pensamiento político.

El proyecto político debe ser aquel movimiento de toda una vida que, habiendo comprendido de una determinada manera las solicitaciones que su situación particular le realiza —es decir, habiendo contestado no solo a la pregunta, *¿qué es esto?* sino, principalmente, la pregunta *¿qué sentido tiene esto que hoy sucede para mí?* y, más aún, *¿qué es lo que esto solicita de mí?*— se revela capaz de alterar positiva y originariamente las condiciones de su existencia. Entonces, el gesto (o, lo que es lo mismo, la práctica) será la instancia fundamental del hacer político porque será solo mediante él que la “vida interior” se podrá transformar en acción exterior, se hará reconocible a los otros, se convertirá en capacidad transformadora. El gesto deberá ser aquel movimiento que señale a una perspectiva de futuro posible como la mejor, la deseada, que critique lo existente y apunte hacia lo aún por venir y que, finalmente, relacione el ayer, el hoy y el mañana en el interior de un proyecto vivido.

Estos apuntes bastarán, creemos, para señalar por qué son la concepción y la práctica sarmientina el objeto de este trabajo. Nadie como Sarmiento hubo de atestiguar con tanta urgencia el carácter imperativo para la acción que contiene la respuesta a la pregunta “*¿qué significa esto?*” Si Sarmiento relata la vida de Facundo, no está con eso haciendo historia pura, ni recolectando apuntes pintorescos sobre la pampa. El libro es un texto profundamente sociológico; pero tampoco es una pieza solamente académica. La pregunta no es solo *¿quién es Facundo?*, sino fundamentalmente *¿qué significado ha tenido Facundo como uno de los factores que condicionaron nuestro presente?* y *¿a qué nos solicita o nos obliga su legado?* Sarmiento no vivió en la separación entre escritura y política. El

---

mente coherentes, aunque insulsas en su cerrazón), sino más bien el compromiso de que, en este diálogo, uno será absolutamente honesto consigo mismo.

<sup>2</sup> Dos características diferencian al pensador del académico. La primera es que el académico requiere de una formación específica y de un campo disciplinar acotado, del cual adquiere su legitimidad simbólica; mientras que el pensador no necesita de ningún saber o conocimiento puntual. La segunda es el carácter “exotérico”, o mejor aun polémico, del pensador. El pensar es una actividad dialógica, que polemiza: interroga, discute, critica, analogiza, a sí mismo o a otros pensamientos.

gesto del escritor, escribiendo en la soledad de su escritorio, el gesto del orador en la tribuna y el gesto del estadista que señala tareas efectivas eran, en él, gestos que nacían de una misma continuidad esencial y que se alimentaban los unos a los otros, en un único arco existencial. Si Sarmiento pensó *para* la política, también hizo política para ampliar su pensamiento. La preocupación por el presente y el futuro de su país no eran en él objetos de un interés especulativo, sino que formaban parte de su personalidad, porque él se veía a sí mismo como un *analogon* de Argentina; Sarmiento entendía que su historia personal contenía claves sobre los desafíos nacionales y su persona era la respuesta a ellos. Si él se vio obligado a autobiografiarse y explicarse una y otra vez, es porque no pudo comprender aquello que lo rodeaba sino a través de las huellas y marcas que había dejado en su propia subjetividad; a la inversa, no pudo y no quiso pensar un proyecto para su país del cual no fuera él principal protagonista. Cada uno de sus escritos fue un gesto de lucha, de oposición y de polémica, fechados y con un destinatario señalado en la primera página. Cada uno de sus gestos políticos parecía diseñado para servir de ulterior material para la reflexión.

Era tal la fusión que en él suponía su pensamiento y su accionar, su persona y sus circunstancias, la confianza prometeica en su posibilidad de que su gestualidad política alterara por sí misma la fisonomía de la realidad, que muchos cifran aquí las razones de su continuo aislamiento y de su fracaso. Habremos de encontrar aquí también, en todo caso, las razones de su auténtica originalidad. A esto apunta Martínez Estrada cuando dice de él que “su pensamiento era siempre un producto elaborado dentro de su cuerpo, no absorbido de los libros o de la experiencia y vertido nuevamente al mundo como ideas.” (1959: 168). Sarmiento, que no tuvo prácticamente educación formal, fue sin embargo un creador incesante de ideas, de proyectos. Pero también fue el hombre de acción que, atado a sus ideas, muchas veces en solitario o en abierta oposición con un sentido común de época, trató siempre de dar forma a su mundo a imagen y semejanza de su pensamiento. Martínez Estrada lo comprendió bien:

Pues por la misma circunstancia de convertirse él en un resumen, en una imagen a escala reducida y personal del mundo americano en que naciera, resultó que al mismo tiempo que iba desarrollándose su espíritu iba desarrollándose su capacidad de comprender su patria, como si en sí mismo pudiese percibir y estudiar los fenómenos sociales sin necesidad de consultar otros documentos que su propia conciencia... Todas sus fuerzas naturales, que eran muy grandes y que acrecentó por la cotidiana gimnasia de sus facultades intelectuales, vinieron a servir, como en ninguno de nuestros próceres se ha dado en grado de compe-

netración tan asombroso, a las necesidades de su país... Así, aquellas inmensas fuerzas naturales de su personalidad se pudieron aplicar directamente a la realidad, imprimiéndole, mientras vivió, rasgos de su espiritual fisonomía. (1959: 168)

Relación dialéctica entre un mundo y un pensamiento que reflexiona sobre él; antideterminismo del pensar, que se arroga el derecho de dar forma a las cosas antes que a ser simple traducción de los que ellas son; interjuego entre pensamiento y práctica; relación indistinguible entre escritura y política. Encontramos aquí todos los temas que habíamos señalado anteriormente: es esta la figura del pensador latinoamericano en sus rasgos esenciales. Para Halperín Donghi esta figura del pensador-político es una de las claves para comprender el carácter único del proceso de formación del estado-nación en Argentina:

La excepcionalidad argentina radica en que solo allí iba a aparecer realizada una aspiración muy compartida y muy constantemente frustrada en el resto de Hispanoamérica: el progreso argentino es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia. No es sorprendente no hallar paralelo fuera de la Argentina al debate en que Sarmiento y Alberdi, esgrimiendo sus pasadas publicaciones, se disputan la paternidad de la etapa de la historia que se abre en 1852. (Halperín Donghi 1995: 8)

Otra vez: si esta síntesis entre pensamiento y política fue un rasgo característico de Argentina, en nadie esto es tan claro como en Sarmiento. Para Sarmiento su propio pensar no fue nunca un fin en sí mismo. Si biografíó a Facundo, no es por el interés por una figura pintoresca, sino para comprender una clave de la historia argentina y para hallar, mediante ella, las posibilidades de apertura de la situación presente. Si se biografíó a sí mismo, una y mil veces, no es solo por su inmenso egocentrismo, sino porque necesita comprenderse a sí mismo, en tanto él mismo forma parte de la situación de su país. Su pensamiento, su persona toda es una herramienta<sup>3</sup> puesta al servicio de un proyecto, de una obra, más vasta y más mundana, de creación o de alteración de lo real. ¿Tuvo éxito? No nos proponemos aquí responder esta pregunta, sino seguir los rastros de este intento.

---

<sup>3</sup> “Llegó a ser, no solo el hombre que pensaba como la cabeza de ese inmenso cuerpo de territorios y de genes, sino el instrumento y la herramienta más adecuada para poder realizar la obra que había conseguido” (MARTÍNEZ ESTRADA 1959: 16).

### **Primera clave de lectura del proyecto sarmientino: la primacía de la política.**

Hemos hablado del “antideterminismo” sarmientino. Refinaremos esta fórmula diciendo que en su proyecto de transformación de lo real era un proyecto específicamente político, en tanto y en cuanto ponía a la política como condición de posibilidad de la economía, y no al revés.

Halperín Donghi, entre otros, señala esta primacía como la diferencia central en los proyectos de país de Alberdi y Sarmiento. Alberdi apostó a la transformación económica de la sociedad argentina. A este cambio le estaban subordinadas las demás variantes de la organización nacional:

Mientras se edifica la base económica de una nueva nación, quienes no pertenecen a esas élites no recibirán ningún aliciente que haga menos penoso ese período de rápidos cambios e intensificados esfuerzos. Su pasiva subordinación es un aspecto esencial del legado rosista que Alberdi invita a atesorar: por vía autoritaria se los obligará a prescindir de las prevenciones frente a las novedades del siglo (...) Crecimiento económico significa para Alberdi crecimiento acelerado de la producción, sin ningún elemento distributivo. No hay —se ha visto ya— razones político-sociales que hagan necesario este último; el autoritarismo preservado en su nueva envoltura constitucional es por hipótesis suficiente para afrontar el módico desafío de los desfavorecidos por el proceso. Alberdi no cree siquiera preciso examinar si habría razones económicas que harían necesaria alguna redistribución de ingresos, y su indiferencia por este aspecto del problema es necesariamente atendible; el mercado para la acrecida producción argentina ha de encontrarse sobre todo en el extranjero... Este proyecto de cambio económico, a la vez acelerado y unilateral, requiere un contexto político posible, que Alberdi describe bajo el nombre de república posible (Halperín Donghi 1995: 31).

El camino que Alberdi propone (...) se apoya en una simplificación tan extrema del proceso a través del cual el cambio económico influye en el social y política, que su utilidad para dar orientación a un proceso histórico real puede ser legítimamente puesta en duda. Alberdi espera que el cambio económico haga nacer sociedad, a una política nueva. (Halperín Donghi 1995: 33).

David Viñas coincide, aunque de manera oblicua, con Halperín Donghi cuando señala que Alberdi “...cada vez menos se pensó como un divulgador; él quiso ser un especialista que se rodeó de todas las fobias, los rituales y distancias de un académico” (Viñas 1998: 19). Si Alberdi no entró en la trinchera política, no fue seguramente porque temiera o dudara de sus capacidades: más bien, dudaba de las capacidades de la política misma.

En cambio, el antideterminismo sarmientino no ha tenido paralelo en la historia de nuestro país. Sarmiento impuso su fisonomía a las cosas, no solo porque inventó sus propias soluciones a los problemas, sino porque inventó los problemas también. Sarmiento fue un pensador difícilmente clasificable: proeuropeo que se negó a imitar al modelo francés de desarrollo; proestadunidense, que se quejó de la “insoportable uniformidad” de la vida en ese país. Fue liberal, fue positivista, fue romántico. Antiespañol, se reivindicó como descendiente de una antigua familia colonial; ilustrado, no tuvo prácticamente educación formal. Construye a un adversario en el Facundo, pero se niega, hasta el final, a condenarlo, ya que su exceso vital lo subyugó y lo hizo pensarlo como un igual. Se dijo liberal y abogó por el proteccionismo económico. Habló del carácter asiático del interior argentino y propuso convertirlo en el cinturón de *farms* de Estados Unidos. Desconfiaba del gaucho y, sin embargo, confía en él lo suficiente para sostener, contra Alberdi, que la educación universal del pueblo sería mucho más un bien que un mal.

¿Era su programa de desarrollo viable en los términos en que los planteó? Seguramente no, dirían hoy los que abogan por la “política de lo posible”. Quizá sí, dirían lo que suponen que los hombres han de confiar en sus fuerzas de cambiar la fisonomía de su propio mundo.

### **Segunda clave: la desmesura.**

Sarmiento vivió en la confianza desmesurada en sus propias facultades. La certeza de sí mismo como fuente y agente del cambio de un país entero puede parecernos —a nosotros que vivimos en una época en la que la impotencia del individuo es aceptada como un dato— ingenua; esto no la hace menos portentosa. Para Martínez Estrada es una de las causas de su ulterior fracaso:

Tenía, como el buen padre de familia y mucho más como la madre, que donde este falta asuma la potestad del pater familias, el sentido de la responsabilidad por lo que hace cada uno de sus hijos presentes o ausentes. Y como no había suficientes personas, ni estaban suficientemente capacitadas para desempeñar esas tareas directivas ni esos trabajos ejecutivos, se creía él en el deber de realizarlos con sus manos, atendiendo a toda la economía pública y doméstica del país. Por análoga proyección concibe la reforma de la ortografía, en competencia con la Real Academia Española, intentando él solo la tarea de lo que es un cuerpo colegiado entero. (1959: 13).

Esta hipertrofia del individuo se suma a la hipertrofia del momento presente. Es lo que señala David Viñas cuando dice: “Sarmiento, en su *descubri-*

miento de Estado Unidos privilegia intensamente el presente. Al pasado alude cuando lo corrobora, y el futuro se le superpone referencialmente pero en términos de “el gran país” imaginario en el cual pudiera resolver sus carencias, polémicas y urgentes necesidades” (1959: 19). Si indaga en el pasado, siempre es para encontrar la clave de lo actual, nunca por un vacío interés historicista. Este mismo movimiento lo hallamos en *Recuerdos de provincia*. En todo momento, no hay nostalgia del hogar materno o de los compañeros de la infancia; no hay descripciones coloristas o sentimental recuperación de las “viñetas” infantiles. Lo que nos es ofrecido allí son los rastros indiciarios a partir de los cuales el propio Sarmiento busca comprenderse a sí mismo.

Esta clave es fundamental para comprender una de las obras más fascinantes de la literatura nacional, y tal vez el punto máximo del desarrollo del *individualismo* sarmientino, el *Facundo*. Es conocida la lectura que ve en el *Facundo* un simple panfleto antifederal. Sin embargo, aun así, una pregunta nos persigue: ¿por qué *Facundo Quiroga*? Puesto a explicar genealógicamente las raíces de la *dictadura rosista*, ¿por qué no biografiar directamente al Gran Tirano? ¿Por qué dedicar la obra entera a comprender la existencia de quien, finalmente, muy pocas huellas concretas dejó en el entramado político concreto de la Federación?

Una respuesta provisional: porque *Facundo*, y no *Rosas*, es un *individuo*. *Rosas* no parece tener misterio suficiente para Sarmiento: sus motivaciones y sus actos se le hacen transparentes. *Rosas* es sanguinario, sin dudas, pero antes que eso es astuto y calculador. *Facundo*, justamente, es su opuesto. Es salvaje y “bárbaro”, pero tiene en él una grandeza que impide condenarlo fácilmente.

En nuestra opinión la dicotomía “civilización y barbarie”, tan remanida, es en realidad más bien un sistema tricotómico con tres polos en oposición mutua. El primero, la civilización, encarnada en el proyecto modernizador sarmientino, que recupera, pero no sigue ciegamente, las ideas de la generación unitaria revolucionaria. El segundo, la dictadura rosista que es para Sarmiento no tanto “bárbara” como española, medieval y jesuítica. El auténtico bárbaro, *Facundo*<sup>4</sup>, es una amenaza para ambos polos. *Facundo*, salvaje y arrogante, tiene la desmesura de quien solo juega dentro de sus propias reglas<sup>5</sup>, intentando modelar al mundo a su imagen.

---

<sup>4</sup> No obstante esto, “*Facundo* no es cruel, no es sanguinario; es bárbaro, no más, no sabe contener sus pasiones, y que, una vez irritadas, no conocen freno ni medida.” (SARMIENTO; 1928: 239).

<sup>5</sup> “*Facundo* dio contra el gobierno que lo había mandado a Tucumán, por la misma razón que dio contra Aldao, que lo mandó a La Rioja. Se sentía fuerte y con voluntad de

Será así hasta que, por no reconocer su propia debilidad, muera finalmente.

Si Rosas es antes que nada un producto de la colonia española,<sup>6</sup> un frío jugador que ha sabido utilizar las fuerzas bárbaras del campo para su propio proyecto de poder, Sarmiento se niega, hasta el final, a dar un juicio conclusivo sobre Facundo. Él mismo lo dice: "...Facundo es cruel solo cuando la sangre se la ha venido la cabeza y a los ojos, y ve todo colorado... Rosas no se enfurece nunca; calcula en la quietud y el recogimiento de su gabinete; y desde allí salen las órdenes a sus sicarios."<sup>7</sup> Facundo es un asesino, sin duda; también es un jugador, un ladrón, y un violento. Pero su violencia no es una estrategia calculada de poder. Antes bien, Sarmiento la define como al pasar como un *exceso de vida*. Sarmiento señala que, si el ímpetu revolucionario de la Argentina no ha tenido igual en el Cono Sur, ha sido porque ha movilizadado y dado un Norte al exceso de vida de sus poblaciones pastoras,<sup>8</sup> y se lamenta de lo mal que la generación ilustrada unitaria ha sabido comprender y modelar esta fuerza vital. Sarmiento se reconoció en Facundo como en un igual por su gigantismo, en la confianza en sus propias fuerzas y en la valoración inadecuada de sus debilidades. También, finalmente, en la desmesura de sus deseos: el definitivo despliegue de un proyecto modernizador sudamericano ¿no necesitaría, acaso, no de una europeización sin matices, leguleya y formal, sino de una síntesis entre un proyecto civilizador posible y las inmensas reservas de voluntad vital que podrían ser modeladas? Puestas las fuerzas de la barbarie al servicio de la civilización, ¿qué país podría compararse con la República Argentina?

### **Tercera clave: la tensión entre orden e individualidad en la pedagogía sarmientina.**

Así llegamos, por un lugar inusual, a uno de los núcleos centrales del proyecto sarmientino: la educación. La educación es, para Sarmiento, mucho

---

obrar, impulsábalo a ello un instinto ciego, indefinido y obedecía a él..." (SARMIENTO; 1928: 169).

<sup>6</sup> "¿En dónde, pues, ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en su gobierno... Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina hace tiempo: en la estancia de ganados y en la inquisición española, en cuya tradición ha sido educado." (SARMIENTO; 1928: 311).

<sup>7</sup> (SARMIENTO; 1928: 241).

<sup>8</sup> A la campaña pastora "la revolución le era útil en un aspecto: que iba a dar objeto y ocupación a ese exceso de vida que hemos indicado". (SARMIENTO; 1928: 70).

más que su más preciada política pública. Es, en verdad “el único hilo que enhebra y unifica” (Martínez Estrada; 1959: 24) su caótica diversidad de preocupaciones y acciones. Es una idea fija y un horizonte que impera en él desde muy pequeño.

Es frecuente entender el proyecto educativo universal de Sarmiento como el reflejo de una preocupación funcionalista por lograr un mínimo de educación del ciudadano y un mínimo de destrezas manuales en el obrero y artesano. Así lo ve, por ejemplo, Halperín Donghi:

Pero si esa sociedad requiere de una masa letrada es porque requiere de una vasta masa de consumidores; para crearla no basta la difusión del alfabeto, es necesaria la del bienestar y de las aspiraciones a la mejora económica a partes cada vez más amplias de la población nacional (...) Sarmiento veía en la educación popular un instrumento de conservación social, no porque ella pudiera persuadir al pobre de cualquier ambición de mejorar su lote, sino porque debía, por el contrario —a la vez que de sugerirle esa ambición— ser capaz de indicarle los medios de satisfacerla en el marco social existente. El ejemplo de Estados Unidos persuadió a Sarmiento de que la pobreza del pobre no tenía nada de necesario. Lo persuadió también de algo más: que la capacidad de distribuir bienestar a sectores cada vez más amplios no era tan solo una consecuencia socialmente positiva del orden económico, sino una condición necesaria para la viabilidad económica de ese orden. (Halperín Donghi; 1995: 36).

Claramente, esta confianza en la educación como puntal del orden social está presente en muchos párrafos de su obra. Sin embargo, al punto que comenzamos a sondear en las diversas apariciones y ocultamientos de este hilo conductor, fuertes tensiones aparecen. Primero porque, como Halperín Donghi sagazmente señala, en este sentido fue más consecuente Alberdi, ya que vio más claramente el potencial subversivo de la educación:

No es necesaria, asegura Alberdi, una instrucción formal muy compleja para poder participar como fuerza de trabajo en la nueva economía; la mejor instrucción la ofrece el ejemplo de destreza y diligencia que aportarán los inmigrantes europeos y por otra parte, una difusión excesiva de la instrucción corre el riesgo de propagar en los pobres nuevas aspiraciones (...) Un exceso de instrucción formal atenta entonces contra la disciplina necesaria en los pobres. (Halperín Donghi; 1995: 32).

Pero estas discrepancias aparecen mucho más claras en la propia obra sarmientina. Pues Sarmiento, creemos, nunca pensó en transformar la enseñanza en la pura “construcción de escuelas” y mucho menos en un simple método estandarizado para el silabario. Él vive la tensión entre “la pedago-

gía” verdadera, la que él quiere, y la “ciencia de los reformatorios y orfanatos, que es lo que necesita su país.” (Martínez Estrada; 1959: 22). Porque Sarmiento piensa la educación, como todo en realidad, a partir de las experiencias e ideas de su propia historia, que era la historia de un autodidacto, de quien construyó su propio saber como una lucha personal y se eleva a sí mismo, probando que puede trascender a sus circunstancias. El relato de esta épica formativa ocupa un capítulo entero de *Recuerdos de provincia*, capítulo que es la descripción, no de los pasos ordenados y uniformemente ascendentes de una carrera académica, sino de la formación de un pensador idiosincrático. Sarmiento dice: “yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra” (1946: 129), (como Facundo, diríamos nosotros, en el poder de su sola figura), y nos da una clave de arco para comprender todo su pensamiento y su obra. Por esta confianza en sí mismo, leyó siempre lo que quiso, aun cosas “contrarias a la enseñanza”, le hizo saber a sus compañeros que se creía superior a ellos, imaginó un futuro para sí en vida pública.

“La civilización era para él como una figura trazada con pantógrafo de la educación individual” (Martínez Estrada; 1959: 22). ¿Cómo conciliar esto con la escuela primaria compulsiva, universal, estatista, que tendría como primera misión separar a los niños de la campaña de sus padres pastores? ¿Cómo se lograría que la escuela no se convirtiera, ya no en un instrumento privilegiado de formación del hombre, sino de disciplinamiento de la multitud? Difícil decirlo con certeza. Pero si volvemos al punto de origen de esta indagación, queda claro que de esta manera, y no de otra, veía Sarmiento la relación entre intelectualidad y política: como el esfuerzo que unía el trabajo individual por saber con el trabajo individual por crear. Algunos le reprochan, justamente, su ignorancia o despreocupación por las fuerzas sociales y económicas que determinan o aúpan los proyectos individuales, su incapacidad para comprender que solo colectivamente se construye poder perdurable en el tiempo. Y sin embargo, ¡qué fuertes resonancias están allí para ser recogidas, en una época signada por la desconfianza a los poderes de la subjetividad y por el abandono a las fuerzas impersonales de la historia!

### **¿Por qué Sarmiento hoy?**

¿Qué significado tiene Sarmiento y su obra para la situación actual? ¿Cómo nos solicita? Un primer elemento ha saltado a nuestra consideración al mirar lo que fue el conjunto de las generaciones políticas del siglo XIX. Para Sarmiento, Alberdi, José Hernández, Miguel Cané, Esteban

Echeverría la política era naturalmente uno de los *hogares* del intelectual. La política no era solo una de sus responsabilidades, era uno de sus privilegios: *naturalmente* que los destinos del país habrían de ser regidos por sus hijos más ilustrados. No solo el economista y el abogado hallaban que tenían qué decir; el poeta o inclusive el comediógrafo se concebían como sujetos a un llamado político. Este elemento no fue de una positividad absoluta. Claramente estaba construido sobre un sustrato elitista, en el mejor de los casos —y oligárquico en el peor— y sustentado por la ignorancia, cuando no el desprecio, por los sentires y necesidades de aquellos que no pertenecían a las élites. Más aún, en los grupos ilustrados del país la creencia en el carácter ineludible de su liderazgo estaba tan profundamente naturalizada que no sintieron, las más de las veces, ninguna necesidad de legitimarlo, negociarlo, ni siquiera explicarlo a esas “masas” que habitaban el mismo suelo y tenían los mismos nominales derechos. Pudiéndolo haber hecho, para la elite intelectual del siglo XIX la incorporación a la vida política de los sectores populares no fue un proyecto deseado ni posible y la gran mayoría de sus representantes continuaron ajenos a lo popular por toda su vida.

Sin embargo, no podemos dejar de admirarnos hoy ante la naturalidad con que el profesor universitario o el poeta irrumpían con un manifiesto o un programa en la discusión de los asuntos públicos, la presencia de convicciones ideológicas en cada escritor, la universal sensación de que algo había por hacer que no podía ser dejado en otras manos, el convencimiento de que la cosa pública no era ámbito solo para especialistas. Hoy, la barrera entre la academia y la esfera de los asuntos públicos está sido construida con una solidez imponente, con una doble línea de pared: con el discurso acerca de la necesidad de “cientificar” el pensamiento profesional, defendiéndolo así de cualquier uso “espúreo”, y con el afirmación de la hegemonía del mercado como orientador absoluto de la producción de saberes sociales. La academia se refugia en la discusión historiográfica, metateórica o filológica.

Las ciencias sociales ya no hablan de política, salvo oblicuamente, a través de la “crítica de la cultura”, de los “estudios culturales” y de los “estudios de audiencias”: se nos dice que todo discurso hegemónico encuentra resistencia y resignificaciones, y esto es un alivio. El discurso posmodernista supo, en su brevísima existencia, celebrar la caída de los metarrelatos y el auge del pensamiento débil. Hizo del relativismo la verdad de nuestra época y nos previno contra el totalitarismo subyacente a un pensamiento universalista, lo que fue debidamente anotado. Los multiformes esfuerzos de la etnografía ponen a nuestro alcance las autopercepciones y las *weltauschung* de los oprimidos de la sociedad, y esto es ciertamente valioso. Ya

nada es dicho que sea potencialmente etnocéntrico, ninguna verdad universal se afirma, a nadie se ofende, nada se proyecta, si se entiende como proyecto aquel gesto que, nacido en situación, convoca a ser partícipe de una radical transformación del mundo. El pensamiento se ha negado su carácter político y como resultado, la esfera política se ha vaciado de pensamiento. ¿Quién se arrogará el derecho, como Sarmiento lo hizo, de decir públicamente “yo he vivido, he pensado, he actuado, y es por esto que transformaré al mundo”?

Unido a lo anterior, podemos rastrear la pérdida del carácter polémico del discurso intelectual. Sagazmente, Martínez Estrada señala que Sarmiento era, mucho más que un escritor, un “orador” perpetuo. Todas sus obras parecían hechas para declamar en voz alta en la tribuna (Martínez Estrada; 1959: 80). Sarmiento se quejó siempre de tener un número excesivo de adversarios. ¿Cómo podría no haberlos tenido, si parecía que no tomaba la pluma si no era para discutir con un enemigo —conocido o desconocido— o tal vez con él mismo? En menor grado, todas las producciones de la época compartían el gusto por la polémica. Hoy en día esa polémica sería impensable entre dos académicos. Rige la regla corporativa del elogio público constante, de la tolerancia como aceptación acrítica del discurso del otro, de la no escucha, en definitiva. ¿Para qué habríamos de polemizar, cuando no tenemos nada para decir que sea capaz de cambiarle la vida a alguien —ni siquiera a nosotros mismos—, y solo nos preocupan sutiles debates disciplinares únicamente aptos para iniciados?

Hemos perdido, en definitiva, la capacidad para la desmesura; para la desmesura del pensamiento y para la desmesura del gesto. Como sabemos que nuestros poderes de pensar son pequeños, renunciamos a realizar nuestro pensamiento en el mundo. Como sabemos que la acción es peligrosa y que sus consecuencias son impredecibles, renunciamos a ella. Ante los acontecimientos, no los pensamos; nos preguntamos *¿cuáles son sus causas?*, y *no ¿qué exige esto de mí?* Tememos al pensamiento hegemónico, lo solucionamos teniendo solo pequeños pensamientos. Nos asusta nuestro pasado: sostenemos que hay muchas interpretaciones igualmente válidas. No nos gustan los conflictos, abandonamos la confrontación y la creación colectiva por la polémica.

¿Quién escribiría hoy un *Facundo*? Un libro lleno de errores, de prejuicios y de excesos, pero con una esperanza y una pasión grandes como la vida. ¿Quién diría hoy “no estamos determinados a vivir en un mundo tan inhóspito, podemos cambiarlo”, ahora? ¿Quién se tomaría el trabajo de pensar un proyecto e intentar realizarlo en el mundo? Hemos medido con objetividad nuestras fuerzas y sabemos que son escasas. Y esto es una lástima, porque solo creyendo que somos más que lo que somos lo seremos alguna vez.



**Bibliografía**

- ARENDRT, H. (1981). *The life of the mind*. New York: Harcourt and Brace.
- HALPERÍN DONGHI, T. (1995). *Proyecto y construcción de una nación*. Buenos Aires: Ariel.
- MARTÍNEZ ESTRADA, E. (1959). *Sarmiento*. Buenos Aires: Argos.
- MERLEAU-PONTY, M. (1959). *Fenomenología de la percepción*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1974). *Las aventuras de la dialéctica*. Buenos Aires: La Pléyade.
- PLATÓN (1996). *Diálogos*. México: Porrúa.
- SARMIENTO, D. (1938). *Facundo*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- . (1964). *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Sopena.
- VIÑAS, D. *De Sarmiento a Dios. 1998 Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sud-americana.

Fecha de recepción: 05/02/2015

Fecha de aceptación: 06/03/2015